



Edificio ni moderno
ni posmoderno (Medellin).

Reformas económicas para crecer con equidad*

RICARDO FFRENCH-DAVIS**

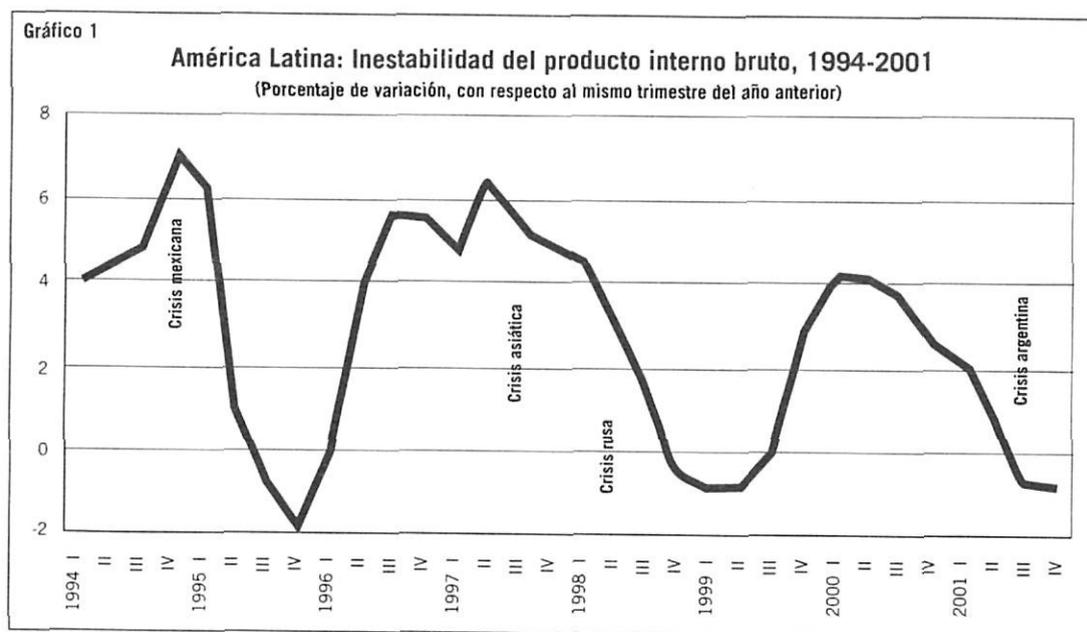
Asesor Regional Principal de la CEPAL

Varios países de América Latina han sufrido recesiones en los años noventa. La salida de esas crisis ha sido lenta, muchas veces, y con efectos negativos sobre la equidad y el crecimiento sostenido. Con frecuencia, las crisis han estado asociadas a shocks externos. En las crisis del Tequila y en la Asiática, la recesión fue precedida de auges en la actividad económica y sobreoptimismo. El desafío que enfrentamos es cómo salir más rápido de las crisis y cómo reducir su frecuencia e intensidad. El logro de estos objetivos, de sustentabilidad macroeconómica, es un ingrediente central del objetivo más global de crecer con equidad.

El tema que vamos a tratar afecta la vida de la gente, de las empresas, a los 500 millones de latinoamericanos. En efecto, la macroeconomía es el entorno en el cual se mueven los distintos agentes económicos y sociales. Es muy frecuente escuchar: “lo estamos haciendo bien, en macroeconomía; lo que falta es la segunda generación de reformas, los otros ámbitos”. Nuestro planteamiento es que ha habido logros muy importantes en la macroeconomía —de los cuales vamos a hacer un breve recuento—, pero que, en la esencia de la macroeconomía, tenemos fallas graves, con repercusiones muy negativas para el crecimiento y la equidad. La primera generación de reformas han resultado fallidas en equidad y en crecimiento. El remedio no es borrar y cuenta nueva, sino, en mucho, corregir o reformar las reformas, construyendo sobre lo existente.

¿Qué es lo que entendemos por macroeconomía? No es solamente el nivel de precios o comportamiento fiscal. Es el entorno económico global en el cual se desenvuelven los agentes económicos. En los años noventa se registraron inestabilidades notables. La crisis del Tequila, en 1995, o los contagios provenientes de la crisis asiática y las réplicas siguientes, han afectado muy signifi-

cativamente el entorno en el que se mueven empresas, rentistas, trabajadores. El gráfico 1 muestra que la variable macroeconómica más sintética –el PIB– ha fluctuado como una “montaña rusa” para el conjunto de la región. Eso es parte sustancial de la macroeconomía real, más allá de lo financiero; no contrapuesto a lo financiero, sino más allá de la dimensión financiera (control de la inflación y balance fiscal). ¿Qué pasa con el entorno que enfrenta un trabajador, una empresa cuando toma una decisión de invertir y va a salir con su producto al mercado? ¿Se encuentra con el entorno que estimó en su evaluación del proyecto o, por el contrario, se encuentra con malas sorpresas, con economías muy infladas y tipos de cambio atrasados, o muy recesionadas o desinfladas? Es evidente que tenemos una tarea prioritaria pendiente al respecto.



Aquí examinaremos las políticas macroeconómicas como muy conectadas con lo comercial y lo financiero. Las interrelaciones entre esas tres dimensiones son muy claves. También vamos a hacer unas breves alusiones a los otros ingredientes que se necesitan para lograr lo que estamos buscando: más crecimiento con más equidad. El record de la región ha sido mediocre. El cuadro 1 muestra que, entre 1990 y 2001, el crecimiento del PIB promedió apenas 2,7% (un 1% por habitante); en el intertanto, el número de pobres se elevó de 200 millones a 210 millones.

Cuadro 1

América Latina: Producto interno bruto, 1971-2001

(Tasas de crecimiento anual, %)

Países	1971-1980	1981-1989	1990	1990-2001	1990-2001	1990-2001	1990-2001	1990-2001
Argentina	2.8	-0.7	-2.0	8.0	-2.9	6.7	-1.2	2.9
Brasil	8.6	2.3	-4.6	2.8	4.2	2.8	1.7	1.9
Chil	2.5	3.0	3.3	7.4	9.0	6.8	2.8	5.5
Colombia	5.4	3.7	3.2	3.9	4.9	2.6	0.2	2.5
México	6.7	1.5	5.1	3.5	-6.1	6.1	3.9	3.4
Perú	3.9	-0.7	-5.5	4.9	8.6	4.6	0.9	2.9
Uruguay	3.0	0.0	0.4	5.6	-2.3	5.2	-1.0	2.2
América Latina (19)	5.6	1.3	-0.6	4.1	1.1	4.4	1.7	2.7

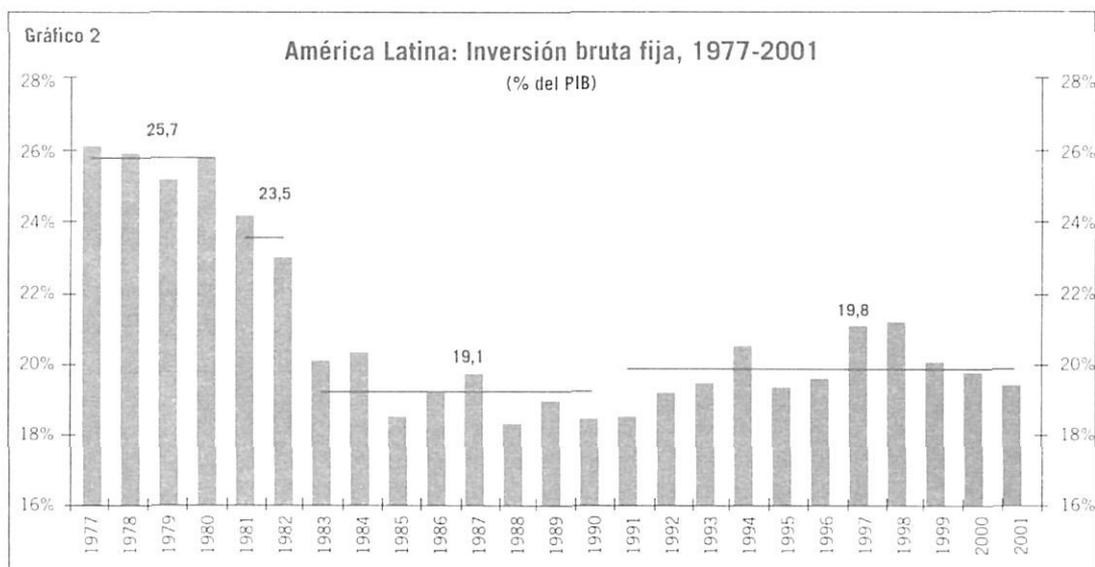
Fuente: CEPAL, expresado en dólares de 1980 para 1971-80, en dólares de 1990 para 1981-90 y en dólares de 1995 para 1991-2001.

Reformas intensas en América Latina. Los años noventa fueron un período de profundas reformas económicas, difícilmente imaginables cuando nos parábamos en algún punto de nuestro continente, diez o quince años atrás. Los cambios que ha habido en los ámbitos financieros y comercial, en privatizaciones, en los presupuestos fiscales, son notablemente significativos. No se puede decir que haya habido pocas reformas; en todas estas áreas han sido intensas en la región. Si hay falencias no se debe a que nos quedamos cortos; más bien, en algunos casos largos y en otros las falencias derivan del contexto, la manera como se hicieron esas reformas, y de la secuencia.

Lo importante a tener en cuenta es que existen maneras y secuencias alternativas de equilibrar las cuentas comerciales, las financieras y las macroeconómicas y eso tiene repercusiones sobre cuán productivo resulta el entorno, en el cual se coloca nuestro respectivo país. Una tónica de las reformas es que se hicieron con dos eslóganes que comparto absolutamente. Se querían reformas amigables con el mercado (*"market-friendly reforms"*), y con precios correctos (*right prices*); esto es, tipos de cambio y tasas de interés bien alineados y sostenibles. Estas expresiones fueron en respuesta a las reformas que se hicieron en años anteriores, desde una óptica que no gustaba del mercado: entonces se ponían obstáculos al mercado, se entorpecía la iniciativa privada y se fijaban precios incorrectos, desequilibrados: tasas de interés por debajo de la inflación, tipos de cambio atrasados. Se plantea, entonces, que deben realizarse reformas amigables con el mercado y con precios correctos.

Algo que se debe hacer, para lograr transparencia, es rendir cuentas. Es decir, si se buscan ciertos efectos, entonces luego se debe analizar si se lograron o no los efectos buscados. Cuando lo hacemos, constatamos que, parte de los resultados insatisfactorios que se alcanzan en los años noventa, se debieron a que,

en la realidad, se actuó, sin saberlo o entenderlo, en forma poco “amigable” con las empresas y predominaron precios incorrectos. Las situaciones recesivas, por ejemplo, constituyen un pésimo ambiente para una determinada empresa, desalienta su inversión y el uso de su capacidad productiva. Este es uno de los puntos claves por los cuales América Latina ha invertido productivamente poco en los años noventa, en comparación a lo que se invertía antes de la crisis de la deuda (véase el gráfico 2). Otro motivo son los precios incorrectos; tasas de interés desmesuradamente elevadas. De repente, por esta manera de hacer macroeconomía, terminamos con tasas de interés del 20 %, el 30 % o el 50 % anual, en términos reales. Esto, desde el punto de vista del entorno productivo, para quien toma decisiones, con respecto a la inversión y generación de empleo, es un precio incorrecto. Por otra parte, ha habido mucha inestabilidad en los tipos de cambio reales; es otro macro precio que ha estado desalineado frecuentemente.



Fuente: CEPAL, sobre la base de datos oficiales para 19 países. Datos escalados a precios de 1995.

¿Estamos condenados por la globalización a esto? No. Podemos mejorar mucho el desempeño en cuanto a generar más estabilidad sostenible macroeconómica, con precios, tipo de cambio y tasas de interés mucho más equilibrados, relativamente más estables a través del tiempo. ¿Por qué los diferentes resultados obtenidos? No se deben a la falta de intensidad de las reformas, sino a que predominó demasiado, en las reformas comerciales, fiscales y financieras, un enfoque lineal: “más de lo mismo es siempre mejor” y falta de un enfoque integral, balanceado y gradualista. Dos ejemplos son muy ilustrativos.

La privatización de bancos sin supervisión prudencial. Esta es una historia que se repitió en Chile, en los años setenta, y culminó con una enorme crisis financiera, en 1983, que costó al Estado el 35 % del PIB. Ese dinero no sale de la nada; sale de los sueldos de los profesores, de las pensiones, de las obras de infraestructura, etcétera. La historia se repite en los años noventa en América Latina; es decir, no se recogen las lecciones del pasado, de que cuando uno hace ciertas reformas debe tener otras piezas disponibles en su lugar apropiado. No construyamos el segundo piso sin haber hecho el primero.

El segundo ejemplo. Hay una receta estándar que dice que jamás se debe hacer liberalización comercial con tipos de cambio, que se van apreciando. Sin embargo, el atraso cambiario predominó durante las reformas comerciales de los noventa. Se pensó, “si ahora puedo bajar los aranceles, lo hago ahora, porque lo que importa es hacer las reformas”. El medio se convirtió en un objetivo. Y ello, habitualmente, va a traer ineficiencias y subproductos indeseables. Como resultado, en 1995 y, de nuevo en 1997, el grueso de América Latina tenía déficit externos fuertes, por lo que tuvo que hacer una corrección fuerte, recesiva. Apretando el cinturón y con devaluaciones abruptas, que es una forma de frenar las importaciones, lo que crea problemas en la sociedad, con efectos distributivos que, normalmente, tienen carácter muy regresivo, de una minoría que se favorece en las crisis, versus el 60 % o el 70 % de la población que se perjudica con las recesiones. Cada vez hay más información de que estos “shocks”, estas aceleradas y frenadas, dejan huellas muy fuertes, de carácter regresivo en lo social y perjudican al mundo de la producción. Esta es una variable importante para explicar el deficiente comportamiento de la inversión productiva de los ochenta y noventa.

LOS LOGROS

Entonces, lo que hemos tenido en el decenio recién pasado son reformas fuertes, intensas, lineales en varios ámbitos, pero con varios ingredientes ausentes o incompletos. Este escenario, que ofrece América Latina en los noventa, difiere mucho del de decenios precedentes. La liberalización comercial muy intensa, apertura financiera muy intensa, reforma financiera intensa y liberalización de tasas de interés. Resultados: algunos muy positivos. Desaparecen las hiperinflaciones altas y variables en el tiempo, que son tremendamente dañinas para la sociedad, para los productores, para los inversionistas productivos, para el trabajo y para los gobiernos. Este es un gran logro. Las hiperinflaciones desaparecen y esta desaparición está asociada a evitar las emisiones inorgánicas y déficit fiscales desproporcionados; es decir, bancos centrales, que imprimían billetes en forma excesiva, más allá de lo sostenible para el potencial productivo del país, y gobiernos que se financiaban artificialmente con esa emisión monetaria. Eso, en general, ha desaparecido de América Latina. Hay

un aprendizaje sólido de que lo monetario es muy sensible y debe estar asociado a algo consistente con la realidad económica del conjunto. Políticas monetarias responsables: un sustancial progreso, gracias a lo cual América Latina tiene una media inflacionaria inferior al 10 % —lo que se denomina inflación de un dígito—, que debemos preocuparnos por mantener.

En el ámbito comercial, las exportaciones, exhiben un buen desempeño. En los años noventa, América Latina tiene su mejor record de desempeño exportador. Ajustadas por precio, las cantidades exportadas han crecido en promedio un 9 % por año. Y esto no ocurrió en uno o dos países, sino que la mayoría de los países tiene un buen desempeño exportador. Algo que se quería y se ha logrado; un segundo logro. Las exportaciones triplican el crecimiento del PBI y crecen un 50 % más de lo que las exportaciones mundiales aumentaron en los noventa.

También desaparecen los enormes déficit fiscales de los años ochenta y, a grandes rasgos, América Latina cumple con las normas de Maastricht, por lo que, desde ese punto de vista, podría ser miembro de la Unión Europea. Hay déficit presupuestarios menores al 3 % del PIB y, en varios casos, equilibrios o superávit fiscales. Estamos en otro mundo presupuestal. El gasto menos ingreso se equilibra, pero el problema es la composición y la calidad del gasto, así como lo relativo a los impuestos, que son los rasgos que permiten acercarse más a la modernidad. La equidad y la transparencia son parte de esa modernidad. Hay otra serie de cambios positivos, tales como un espacio más amplio para las decisiones e iniciativas empresariales, que era uno de los objetivos que se buscaba.

LAS DEFICIENCIAS Y FALLAS

Entre los problemas podemos mencionar, en primer lugar, *los desequilibrios externos*. En diez años hemos tenido dos desequilibrios externos sustantivos. Después del gran desequilibrio de la crisis de la deuda de los ochenta, durante dos ciclos, 1991-1994 y 1996-1997, las exportaciones crecieron rápido, pero las importaciones crecieron mucho más rápido. Así como un gobierno no puede gastar lo que no tiene y debe buscar cierto equilibrio entre gasto e ingreso, un país tampoco puede gastar indefinidamente lo que no tiene. Cuando importa mucho más de lo que exporta, en algún momento, le van a pasar la cuenta. Y se la pasaron a América Latina en 1995, con el corte de ingreso de capitales, que fue breve, unos seis meses, pero dejó huellas intensas en varios países; Argentina, México y Uruguay entre ellos. El México del 2000 tiene salarios promedio 15 % menores que en 1994. Esa es una huella muy profunda. De esta forma, también, resultan muchas empresas en situaciones complicadas de endeudamiento. Son huellas de las que queremos librarnos,

mejorando la calidad de nuestras políticas macroeconómicas, comerciales y financieras.

A los pocos meses, aparentemente, se olvidó la crisis del Tequila, a pesar de que quedan estas huellas permanentes, y viene un período de recuperación del flujo de capitales, durante 1996 y 1997. En 1998 nos llega un nuevo corte de flujo de capitales y un nuevo ajuste en América Latina, que cobra fuerza en 1999. ¿Es esto inevitable en la globalización? No. Contagios van a existir siempre, pero uno puede ser más o menos vulnerable a ellos. No sólo es importante lo que se hace durante la crisis, sino también las fortalezas y vulnerabilidades sembradas antes. Hay vacunas en el ámbito macroeconómico para suavizar estas situaciones de crisis fuertes, cuya intensidad está esencialmente sembrada en el período de vacas gordas. En 1996 y 1997 se fue sembrando para un desequilibrio que se iba a tener que corregir, en algún momento, y lo mismo había ocurrido entre 1991 y 1994. Estos son antecedentes muy fuertes que nos muestran la necesidad de corregir, de *reformular las reformas*; y es viable corregirlas. Hasta aquí lo que hace a los desequilibrios externos.

La tarea de la economía es que la gente y las empresas, estén mejor. *¿Qué pasa con la gente?* Comparando con 1990, en el año 2000 la cantidad de pobres creció; menos que la población, pero aumentó en números absolutos, de 200 millones a 210 millones de pobres. Lo que quiere decir que la tarea no estuvo bien hecha, porque, en diez años, debiera haberse reducido fuertemente la pobreza como proporción de la población total y el número absoluto de pobres.

La variable de síntesis, en la que voy a detenerme, es ¿qué ha pasado con la variable más simple indicadora de resultados, la cantidad total de bienes y servicios producidos en América Latina?, *¿qué ha pasado con el producto?* Nos encontramos con que en los años noventa el crecimiento es del orden del 3 %, mucho más que en los ochenta, pero los ochenta fue “la década perdida” y no puede ser nuestro patrón de comparación. ¿Cuál es el patrón histórico? Entre 1950 y 1980, el PIB de América Latina crecía 5,5 % por año como promedio, liderado por México y Brasil. Los tres países del MERCOSUR estaban bajo la media, pero el promedio de América Latina era 5,5% y en los noventa no alcanza al 3%. Éste es un resultado mediocre.

POR QUÉ TAN BAJO CRECIMIENTO?

¿De dónde proviene ese bajo crecimiento? De las variables que están detrás de la capacidad de producción. La primera variable que aparece es la inversión productiva (no confundir con la financiera): equipos, maquinaria, construcciones comerciales y residenciales, infraestructura, todo lo que se llama formación de capital o inversión en capital fijo. Otra variable es la mejora del capital huma-

no, la cantidad de gente y su productividad: la capacitación laboral, la tecnología, las innovaciones en la gestión administrativa, las instituciones que existen y cómo funcionan en nuestros respectivos países. El capital social, la capacidad por parte de los distintos actores sociales y políticos de ponerse de acuerdo para escoger un camino y para que el país vaya juntando fuerzas de manera centripeta en ese sendero. De todo esto, lo más medible es la formación de capital y está comprobado que es una variable muy determinante de la capacidad productiva.

No hay países que crezcan sostenidamente, durante diez o veinte años, al 7 % o al 8 %, con tasas bajas de inversión. Una inversión vigorosa estuvo detrás del gran crecimiento de Japón, durante cuarenta años, con tasas de inversión de un tercio del PBI; el crecimiento durante treinta años de Corea, de 1965 a 1995, se logró con un coeficiente medio similar. ¿Cuánto invierte América Latina? Alrededor del 20 %. La inversión requiere ahorro nacional o del exterior. En todas partes es abrumadora la proporción del ahorro nacional: el 80 % o el 90 %. La tarea no la puede hacer alguien de afuera; el de afuera puede ayudar complementando. La inversión extranjera directa es un complemento muy positivo, pero no va a ser ni un tercio ni la mitad del esfuerzo; el grueso es un esfuerzo nacional y, por lo tanto, requerimos un ambiente que sea amigable con los que quieren invertir en generar capacidad productiva. Se precisa que el eventual inversionista sienta que le están poniendo sobre la mesa lo que necesita: infraestructura, mano de obra de calidad, un mercado de capitales de largo plazo que funciona, no es sólo un mercado de capitales de corto plazo; que predomina una macroeconomía real estable, que habitualmente opera en el techo de la capacidad productiva.

Si la inversión ha sido baja en América Latina, en los noventa, es porque han fallado varias de estas condiciones. Una de ellas, muy determinante, es la macroeconomía. Como ya lo señalamos, en el gráfico 1, datos trimestrales de los últimos siete años muestran que la macro real de América Latina ha sido una especie de montaña rusa. Eso no es un dato inmutable; es mejorable. No con borrón y cuenta nueva, sino que mejorando lo que hay, *reformando las reformas*. ¿Qué es lo que pasa cuando la economía tiene estas inestabilidades? Se da una asimetría: uno no puede pasarse mucho del techo productivo, de la capacidad instalada; y, en cambio, puede caerse mucho del techo. ¿Qué pasa cuando se cae del techo? ¿Qué ocurre cuando una fábrica, un agricultor, programó un mercado de 100, sale con su producto a una economía con una brecha recesiva, y su mercado cae a 80?. Su productividad va a ser menor; no le está sacando el provecho previsto a lo que invirtió en capital productivo; se reduce el empleo; la menor productividad se refleja en utilidades deprimidas; las menores utilidades en menor sustentación para inversiones futuras y el hecho de no

poder utilizar toda la capacidad productiva hoy día, es un gran desaliento para crear nuevas capacidades productivas.

Ante ese conjunto de variables, lo que se observa en una situación recesiva es una merma de la tasa de inversión. Cuando se examina empíricamente el comportamiento de la inversión, se aprecia una gran sensibilidad, con un rezago de uno o dos semestres, al inicio de la recesión. En 1995, en México, la inversión cayó un 30 %. En la misma época, en Argentina, cayó un 16 %. Algo similar ocurrió en Corea y Tailandia, en 1998. Después, las recuperaciones son lentas porque hay que retomar confianza. Las caídas son abruptas y las recuperaciones son más lentas y su retorno hacia el techo es sólo gradual.

Esta asimetría, resultado de la inestabilidad, tiene un *impacto social fuerte en el nivel de empleo*, en la sustentabilidad de mejoras de los ingresos, a través del tiempo, y en el grado de formalidad e informalidad del mercado. En cada una de estas situaciones se acentúa la informalidad del mercado y eso es un retroceso para un país que quiere modernizarse.

Parte de la modernización consiste en mercados más formales, que la gente ascienda a trabajos independientes o por cuenta propia y no que descienda a un trabajo de ingresos inestables, parciales, con jornadas cortas, sin disciplina laboral, que es lo que sucede en las situaciones recesivas. Hay buena calidad de trabajo por cuenta propia y hay mala calidad, que proviene de aquéllos que no escogen trabajar por cuenta propia, sino quienes se ven expulsados de los trabajos formales.

LOS PRECIOS CORRECTOS E INCORRECTOS

Hay una fuerte interrelación entre las tasas de interés y los tipos de cambio y un objetivo que buscamos es de que no haya cambios muy intensos, a través del tiempo; aspiramos a que las políticas se manejen de tal manera que no tengamos un año 1995, en que se dispararon las tasas de interés al 30 % o 50 % y, muy intensamente, en 1998 y en varias instancias posteriores de la crisis asiática en que, además, fueron más prolongados los efectos. Hay una tendencia predominante en América Latina; hay diferencias entre un país y otro, pero estas son variables recurrentes en México, Argentina, Brasil, Chile, Perú y Colombia.

Los altibajos en las tasas de interés han estado muy asociados al manejo de la política cambiaria y ésta ha estado muy influenciada por los cambios de viento en los mercados internacionales de capitales de corto plazo o líquidos. Este es un mundo distinto al de la inversión extranjera directa; hay comportamientos diferentes, puede haber cruces entre ambos, pero cada uno opera

con horizontes y variables de maximización distintos, lo que consideran antes de tomar sus decisiones, y antes de decidir si se retiran de alguna parte, son de naturaleza distinta. Por un lado, el capital líquido, el de corto plazo y volátil y, por otro, la inversión extranjera directa, que llega a crear capacidad productiva, no a comprar. La que llega a comprar, se cruza más con la de carácter financiero.

El comportamiento de los tipos de cambio en América Latina ha estado muy influenciado por los cambios de viento en los mercados financieros internacionales. Si se observa el promedio de América Latina, tomando el 95% del PIB, que corresponde más a menos a su población, se constata un proceso muy sistemático de abaratamiento del precio del dólar. No es que le pase a un país grande que imprime signos promedio de la región, sino que se trata de un fenómeno que abarca el grueso del PIB y la población de América Latina. Entre 1991 y 1994, el dólar se tornó cada vez más barato. ¿Tiene que ser inevitablemente así? ¿Qué implica el hecho de que éste sea el único camino? El dólar barato implicó importaciones baratas. Esta es una variable decisiva, detrás del desequilibrio externo de América Latina, dado que, aun cuando sus exportaciones fueron creciendo entre 1991 y 1994, las importaciones crecieron mucho más rápido; lo mismo aconteció en 1996-97, hasta la crisis asiática.

En la economía de mercado los precios tienen mucha significación. Entonces, tenemos que hacer políticas amistosas con el mercado y con precios correctos. Ese tipo de cambio, en el grueso de América Latina, era un precio incorrecto. Las importaciones eran demasiado baratas. Se estaba pagando con ingreso de capitales, pero esos ingresos crecientes no son permanentes y, en algún momento, cambian de signo. Y en 1995 y en 1998 cambiaron de signo y vino la escasez de dólares y un reajuste fuerte del dólar en muchos países de América Latina. Con el dólar caro, se frenan las importaciones y llega la recesión; es una manera eficaz pero costosísima, que surte el efecto de frenar las importaciones, con eso da lugar a la caída de las ventas de las empresas, disminución del empleo y de las utilidades y desaliento de la inversión en los semestres siguientes.

Entre 1996 y 1997 reaparecieron los flujos de capitales y, paradójicamente, se produjo la misma situación. Si se observa el tipo de cambio real a través de América Latina, el dólar se va poniendo cada vez más barato, en 1996, 1997 y parte de 1998, hasta que cambian los vientos, con la crisis asiática y, nuevamente, retornan las devaluaciones. Las frenadas, el desaliento a la inversión, la subutilización de la capacidad productiva, menor empleo, etcétera. ¿Es esto enfrenable? Quizá no en todos los países, pero sí para el grueso de América

Latina. Algunos países sufren más que otros, según sus particularidades. Tomemos, por ejemplo, el Chile anterior a la crisis del Tequila. Si se dejaba que el tipo de cambio se abaratara, iban a crecer las importaciones y podía suceder lo que pasó en 1982, que Chile tuvo la crisis más grande de América Latina, porque era el país más endeudado, con una caída del producto del 15 % y un desempleo abierto del 31 %. En el año 1983, uno de cada tres trabajadores estaba desempleado abierto. No queremos repetir la historia. ¿Qué hacer? Pues hacer políticas amigables con el mercado, para lo cual la estabilidad es esencial; tenemos que evitar precios incorrectos, que el dólar se abarate demasiado y después se tenga que encarecer mucho. Tener una política macroeconómica activa, utilizando los instrumentos del mercado para desalentar los ingresos excesivos de capitales de corto plazo. Además, tener apertura para la inversión extranjera directa; en cambio, respecto de las platas líquidas, inversión en bolsa, se puede utilizar un instrumento que los haga menos atractivos, en casos de gran abundancia. Es lo que en Chile se llama el encaje a los ingresos de capitales, en períodos de entradas “excesivas”. Consiste en un encarecimiento del ingreso de capitales financieros, orientado a suavizar las caídas del tipo de cambio para que se abarate sólo un poco. Se trata de recoger algo las presiones del mercado, pero no provocar una situación que luego nos lleve a tener que hacer una corrección abrupta y traumática.

En 1995, cuando en México el producto caía 6%, en Chile crecía a un ritmo sobre el 7 % anual, que fue su promedio en los noventa. Este caso prueba que es posible hacerlo, hay espacio para hacer globalización, como sujeto activo. Se logra, así, algo muy valioso, que es la estabilidad sostenible, es decir, el dinamismo con estabilidad. Se trata de una economía que trabaja en la frontera productiva (que no está chocando con el techo y después cayendo bruscamente) y eso se refleja en que, en ese período, Chile logró la tasa de inversión productiva más alta en toda su historia económica: 10 puntos por sobre la tasa de inversión del período 1974-89, en la época de Pinochet, cuando la economía creció apenas al 3 % anual en promedio (con años de 10% y caídas de 15%) y la tasa de formación de capital apenas fue del 18 %.

En los noventa, Chile se encumbró a un promedio de 28 %, en una economía con estabilidad sostenible, dinámica, con políticas macroeconómicas que sostuvieron la capacidad de gasto de empresas y personas, al nivel de la capacidad o frontera productiva.

Esto significa, en un mundo en que hay fuertes movimientos de capitales y globalización financiera, que uno puede hacer parte de manejo de la globalización. No toma la globalización como un dato; aprovechan la globalización, la inversión extranjera directa y el flujo de capitales financieros en montos sos-

tenibles, pero está evitando los desequilibrios y que se le trasmitan, en exceso, factores de inestabilidad desde la economía internacional.

Otra dimensión en que se puede hacer globalización es la integración regional. Es una manera alternativa a la apertura unilateral, frente al mundo. Es consistente con aperturas, frente al mundo, pero con los ingredientes preferenciales del acuerdo regional o subregional. El MERCOSUR, con todos sus problemas y dificultades, es un instrumento valioso de hacer globalización; es una manera selectiva de un conjunto de países de insertarse en el escenario internacional. No se trata de ir contra la globalización, sino de domesticar elementos de la globalización y aprovecharla en la dirección de los esfuerzos nacionales, para crecer y lograrlo con equidad.

LA MESO Y LA MICROECONOMÍA SON COMPLEMENTOS ESENCIALES

Macroeconomía, comercio y finanzas son instrumentos esenciales para el desarrollo; pero necesitamos el resto de lo que es imprescindible para producir más, con productividad creciente, para tener bienestar y para que la población, nuestra fuerza de trabajo, pueda ganarse mejor la vida. Se necesitan otros factores productivos. Debido a las fuertes falencias de América Latina, es necesario hacer *reformas de las reformas* en ellos. En el mercado de capitales hay que fortalecer, muy intensamente, el componente a largo plazo, que es esencial como complemento. Salvo en las situaciones de crisis, 1995 y desde 1998, no hubo problemas de escasez de capital de trabajo, pero predomina estructuralmente la escasez de capital de riesgo de largo plazo, disponible para la pequeña y mediana empresa, para la empresa sin historia. Tenemos una falencia grave en ese campo. Esto está estrechamente asociado a la manera como se hicieron las reformas financieras. Se soltaron los instrumentos, en lugar de guiarlos para que fueran más al estilo de la reforma del mercado de capital estadounidense de hace treinta años atrás, de los europeos o de los este asiáticos, que buscaron fortalecer el mercado de largo plazo y sólo, posteriormente, estimular el de corto plazo.

NOTAS

* El tema lo abordamos en forma sistemática en *Macroeconomía, comercio, finanzas: para reformar las reformas en América Latina*, McGraw-Hill, Santiago, 1999. El caso chileno lo tratamos en *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad: tres décadas de políticas económicas en Chile*, Dolmen Ediciones, Santiago, segunda edición, 2001

** Todas las opiniones emitidas son de la exclusiva responsabilidad del autor.

Es esencial, la reforma educacional, pero eso es para la fuerza de trabajo de dentro de diez o veinte años. ¿Qué pasa con la fuerza de trabajo de los años 2000?. Requiere de un intenso esfuerzo de capacitación laboral, de los que ya salieron del sistema educacional, con una calidad deficiente y baja escolaridad en muchos casos. Esto significa trabajar por la flexibilización de la oferta, para que la gente sea más capaz de insertarse, según las necesidades de trabajo de este mundo, y no del de hace veinte o treinta años. Por último, la modernización de la infraestructura y de los servicios públicos, es clave como complementación de la inversión privada. ●